

A woman in a crown and historical dress holding a scepter. She is wearing a white headscarf, a gold crown, and a dark, ornate robe over a gold dress. She is holding a scepter in her right hand. The background is a window with a diamond pattern.

ISABEL

LA CONQUISTA DEL PODER

TODOS CONOCEN A LA REINA, PERO NINGUNO A ISABEL

MARTÍN MAUREL

PLAZA  JANÉS

Isabel, la conquista del poder: Todos conocen a la reina, Maurel,
pero ninguno a Isabel (Spanish Edition) Martín

MARTÍN MAUREL

ISABEL,
LA CONQUISTA
DEL PODER

www.megustaleerebooks.com

Todas las religiones son obras humanas y, en el fondo, equivalentes; se elige entre ellas por razones de conveniencia personal o de circunstancias.

AVERROES

Matar a un hombre no es defender una doctrina,
es matar a un hombre.

SÉBASTIEN CASTELLION

1

Obediencia

¿Es la hombría cualidad que mida el valor de un rey? ¿Es don que fije el recuerdo de un soberano? Evocan los cronistas la humanidad de Martín, la crueldad de Pedro, la sabiduría de Alfonso, pero aquellos que dejan testimonio escrito del presente no pierden ocasión de aludir a la controvertida impotencia del difunto Enrique. Al contrario, proclives a la glosa sesgada, los cronistas del momento suman a esta privación lacras bien reales: la fragilidad de su carácter o su pobre disposición para el mando, como si de lo uno se siguiera lo otro.

No, en este mes de diciembre de 1474, con antecedentes tan próximos, la hombría no es cualidad desdeñable para quien sabe que su esposa se ha proclamado reina en su ausencia. Para quien acaba de conocer en su lejano palacio aragonés que, no contenta con eso, la ahora soberana de Castilla se ha atribuido en público el derecho a impartir justicia. Y salvo la práctica guerrera, no hay derecho más masculino.

En efecto, la bien amada esposa de Fernando ha herido su orgullo. Anticipando la reacción del heredero aragonés ante la peculiar y apresurada proclamación de Isabel, algunos no han tardado en escribirle. El propio Gutierre de Cárdenas, que enarboló en Segovia la espada como símbolo de justicia, ha procurado apaciguar al consorte con su misiva. También Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, ha enviado una carta, la misma que ahora aferra la mano de Fernando mientras brama ante su atribulado padre:

—¡Voy a proclamarme rey de Castilla, lo quiera esa mujer mía o no!

Tiene motivos Fernando para estar irritado. El arzobispo Carrillo no ha sido parco al exponerlos, pues comparte con Isabel una me-

moria donde prima el recuerdo de afrentas pasadas. Y tampoco es Carrillo hombre que evite la pesca en río revuelto.

Sí, gracias a rumores, sospechas, misivas e intenciones varias, Fernando, rey de Sicilia y príncipe de Gerona, hoy no sabe cuál será su papel en Castilla.

—¡No os dejaré marchar a Segovia sin escucharme!

La voz del rey Juan retumba en el salón del trono de Aragón y rechinan las mandíbulas de su hijo Fernando. No se distingue si amonesta el rey y aconseja el padre, o viceversa, pues no es solo la política lo que preocupa a Juan de Aragón.

—Lo que ha hecho Isabel es intolerable. Estoy de vuestra parte. Pero dominaos, la ira pierde a los hombres y vos tenéis más que perder que ningún otro.

El príncipe hace por calmarse. Su padre tiende la mano y reclama la carta del arzobispo. Fernando se la entrega y bufa como un animal embravecido, como si con ello quisiera subrayar los humillantes pormenores que el rey lee para sí. Finalmente, el anciano dobla el documento y suspira. No esperaba menos de Carrillo, a quien conoce bien.

—Cierto que en esta carta se dan muchos detalles..., y bañados en veneno. Pero el arzobispo parece haber olvidado lo esencial: que vuestra unión es una victoria para ambos reinos.

Ahora el rey de Aragón alecciona al joven y fogoso príncipe de Gerona.

—Nosotros necesitamos a Castilla para protegernos de Francia, y ella a nosotros para hacer frente a los partidarios de Juana.

—Si tanto me necesita —replica Fernando—, ¿por qué actúa como si se bastase sola para gobernar? ¡Ya lo habéis leído! En Castilla se me trata de «legítimo marido», no de rey. ¿Eso a qué me da derecho? ¡A entrar en su cama y poco más!

No se arredra el rey ante Fernando, mucho menos ante la inquina que se ha alojado en su pecho, nublándole el juicio.

—Os recuerdo que en Cervera, antes de casaros, accedisteis a que ella fuese soberana en su reino.

—¡Pero no a que me faltara al respeto ignorándome al subir al trono y usurpando mi condición!

Viendo el monarca que su mediación es inútil, cede la palabra al padre.

—Fernando, a vuestra esposa le sobra carácter y tendréis que luchar para defender lo vuestro. Pero es digna de vos y os ha dado una hija. No arriesguéis todo lo que habéis construido juntos. Estoy seguro de que sabrá transigir.

—No lo hará sin verme antes hincado ante ella, como si fuese su vasallo.

La rabia sorda de Fernando también es terca, como su esposa. El rey Juan coge al hijo por los hombros y hasta el más inepto leería en su mirada cuán sincera es su inquietud.

—¡Os prometo que reclamaremos lo que os corresponda! Una reparación, si así lo deseáis. Pero que lo haga un emisario y no vos. No podéis presentaros en la corte de ese ánimo.

—No, padre, eso es lo que quiere: evitar encararse conmigo. Pero va a tener que hacerlo. Y le diré bien alto que no habrá reina sin rey.

Siente el padre en sus avejentadas manos que su sermón se hace añicos contra el empecinamiento del vástago airado, tal es la rigidez del príncipe, que instantes después abandona la estancia. Partirá Fernando al alba, hacia una batalla en la que hasta el momento los gestos y las palabras laceran su entendimiento como una espada mal afilada. Y el rey Juan pactaría con el diablo antes que consentir un desastre, ¿o acaso no lo haría un buen padre?

Cielo raso y un sol espléndido que no alcanza a derretir la nieve en los campos de Castilla y León. Tal es el paisaje de estos reinos desasegados, donde las promesas aguardan el amparo de una primavera incierta. Donde el eco aún esparce las palabras de Isabel como mies en tierra perpleja.

—Castellanos: sabed que vuestro rey y hermano mío, Enrique, murió en la ciudad de Madrid hace días, y que yo he sido jurada ya

en Segovia como su heredera universal y legítima. Con la presente os ordeno: alzad pendones por mí, y reconocedme así como vuestra reina y señora natural. Regidores y señores, venid desde todos los rincones de mi reino a Segovia y juradme obediencia como vuestra única soberana.

Y allí donde los pendones obedientes ondean al viento se escucha un grito unánime:

—¡Castilla, Castilla, Castilla! ¡Por la muy alta y muy poderosa princesa reina y señora nuestra, señora la reina doña Isabel, y por el muy alto y muy poderoso príncipe, rey y señor nuestro, señor el rey don Fernando, como su legítimo marido!

Pero este aún se encuentra lejos para que el clamor llegue a sus oídos.

En el propio alcázar de Segovia, desde el trono y con la corona sobre su cabeza, Isabel preside solemne los actos de jura de obediencia. El conde de Treviño, el obispo de Segovia... Uno tras otro, los leales prestan juramento con la rodilla hincada en el suelo y una mano sobre la Biblia que sostiene el cardenal Mendoza.

Isabel asiente con la mirada fija en cada uno de los juramentados, satisfecha y agradecida, sin poder disimular del todo su emoción. Y los leales aprecian que quien ha decidido ejercer autoridad sobre ellos no carezca de corazón. Cumplido el trance, se hacen a un lado y desde allí siguen el transcurso de la ceremonia.

La paradoja habita en el alma del hombre y se acomoda en la del hipócrita. Por eso son los leales de nuevo cuño quienes menos reprimen el aspaviento cuando ven a Beltrán de la Cueva arrodillarse ante el cardenal. Beltrán de la Cueva, antiguo valido del rey Enrique, y, por consiguiente, adversario de Isabel. Peor aún: Beltrán de la Cueva, colaborador necesario en la procreación de Juana la bastarda, a quien presta sobrenombre merced al gracejo malintencionado del fallecido Juan Pacheco.

Compiten muchos leales de nuevo cuño en pregonar que la Beltraneja es bastarda y, por tanto, inexistentes sus derechos al trono,

aunque la identidad del procreador sea motivo de desavenencia. Y más tras ver al principal sospechoso rodilla en tierra, ante su reina.

—Juro servir y seguir a nuestra señora doña Isabel como reina y señora natural de nuestros reinos y así guardar su servicio, personas y estado real y de igual a su legítimo marido don Fernando.

No revela Isabel la sorpresa que le causa ver a Beltrán de la Cueva a sus pies, pero la reina se permite cruzar una fugaz mirada de complicidad con Gonzalo Chacón. Toda la vida juntos, basta un destello de sus pupilas para que uno comprenda lo que sucede en la mente del otro. Por eso Chacón desvía pronto su mirada, para que Isabel no capte la preocupación que comparte con Gutierre de Cárdenas.

—La obediencia de Beltrán de la Cueva me sorprende menos que la ausencia de otros. ¿Dónde está Castilla?

Beltrán de la Cueva se une al grupo de juramentados, donde algunos se apartan no se sabe si para dejarle espacio o para mantener las distancias, como si la lealtad y la traición fueran en él igualmente ponzoñosas. Cárdenas corrobora el comentario de Chacón con gesto disimulado y apostilla en voz baja:

—Más que un desfile de personalidades, esto parece una reunión de viejos conocidos. Esperemos que vayan sumándose lealtades y al final solo falten los que ya sabemos.

Cárdenas y Chacón comparten fidelidad de primera hornada hacia Isabel y, por tanto, recelos ante un bando rival que intuyen bien nutrido. Mientras, frente al trono, continúa la procesión. Es el turno del conde-duque de Benavente, quien al término de su juramento ofrece, no sin solemnidad, un presente a la reina.

—Como titular del condado y del ducado de Benavente, os hago entrega, alteza, de un humilde presente como señal de obediencia. Tened, para vos...

A un gesto del conde-duque, un sirviente deposita a los pies de Isabel un cojín en el que descansa una hermosa joya. No falta en la estancia quien tase la obediencia del conde-duque en función del precio de la alhaja.

—Y este libro para vuestro esposo. Lamento no haber podido mostrarle mi respeto.

Otro sirviente deja un tratado de caza lujosamente encuadernado junto a la joya. Isabel, impertérrita, contempla los regalos y sonríe al noble desde el trono.

—En su nombre os agradezco vuestra generosidad y la lealtad que nos habéis jurado. A mi esposo le ocupan asuntos en tierras aragonesas, pero pronto me acompañará aquí, en Segovia.

Al instante se escuchan tímidos murmullos entre los presentes, murmullos que incomodan a Isabel aunque no pierda la sonrisa protocolaria. Pero Chacón y Cárdenas sí reaccionan. Y el primero sentencia:

—Lo que os decía, demasiados ausentes.

No ha pasado desapercibido para Isabel el semblante de sus consejeros al final de la ceremonia, y se lo hace saber mientras cena.

—Os he visto murmurar durante las juras. ¿Alguna preocupación que me estéis evitando?

Cárdenas y Chacón dudan antes de sincerarse con la reina, aun a sabiendas de que no pueden ocultar su desazón. Gonzalo Chacón toma la palabra.

—Solo comentábamos que hay nobles y regidores que están tardando en venir a mostrar su obediencia.

Cárdenas, siempre al corriente de lo que ocurre en el reino, se apresta a ofrecer más datos.

—Algunas ciudades han mandado emisarios y sabemos que os son leales. Pero de muchas ni siquiera conocemos la intención. Madrid no se ha pronunciado.

Isabel sonríe, sin perder el apetito, ya de por sí bastante frugal.

—Es tierra de Pacheco, ¿qué esperabais? Bastante que no le ha puesto a la pequeña Juana una corona de paja como hizo su padre con mi pobre hermano... Además, Castilla es un reino extenso. Y la muerte de Enrique nadie la esperaba.

Chacón hace ademán de compartir el argumento de la soberana,

mientras cavila sobre la mejor manera de abordar lo que realmente le inquieta.

—Irán viniendo, como es su obligación. Su tardanza no me extraña.

—Quizá sean ellos los extrañados —apunta Cárdenas—, la proclamación no se hizo del modo habitual...

—¿Creéis que me precipité?

Isabel conoce bien a sus consejeros. Percibe en ambos una idea que no se atreven a exponer. Con un leve gesto, les conmina a desembarazarse del peso que les oprime. Chacón se ratifica.

—En su momento parecía la mejor opción.

—Y en todo caso, ya está hecho —añade Cárdenas—. Ahora toca despertar a los indecisos.

En eso los tres parecen estar de acuerdo; de los indecisos, que son numerosos, depende el futuro de Castilla tanto o más como de la suma de sus pocas pero férreas voluntades. Consciente como nadie de la fragilidad del poder de Isabel, Chacón considera que ha llegado el momento de plantear sus desvelos.

—Mi señora, convendría que Fernando llegase lo antes posible para que Castilla os viera respaldada por Aragón.

—Castilla y vuestros adversarios —completa Cárdenas el argumento de Chacón—. Todo apoyo es poco en estos días.

Isabel contempla a sus leales; ve a dos hombres seriamente preocupados por su reino, por ella... Y toma una decisión.

—Necesitamos a Carrillo.

No es la primera vez que Isabel deja asombrados a sus veteranos consejeros. Ellos reclaman la presencia del esposo y la reina quiere a Carrillo a su lado. Chacón se atreve a contradecirla.

—Mi señora, hablamos de apoyos, no de un sospechoso de traición.

—Con más soldados y fortuna que cualquier otro —recuerda la reina—. No lo quiero al servicio de mis enemigos.

Incluso en la oscuridad Isabel vería cuán lejos está de haber con-

vencido a sus interlocutores. No faltan razones, tendrá que argumentar mejor su propuesta.

—Carrillo no solo desea el poder. Lleva años suspirando por algo que ni Juana ni Pacheco van a propiciarle. Puedo convencerlo de que soy capaz de gobernar el reino tal y como él ha querido siempre.

—Hay otras opciones —aventura Cárdenas—. Tenemos a disposición el tesoro de Enrique. El dinero es infalible para alimentar lealtades.

Isabel tuerce el gesto. Ahora sí ha perdido el apetito.

—Me temo que de tesoro ya solo tiene el nombre. Enrique no era gobernante que mirase por el futuro. Cabrera asegura que solo dejó a quien viniera tras él una cantidad escasa de plata... Y un cuerno de unicornio.

Chacón y Cárdenas la miran sin saber cómo tomarse la revelación. Isabel suspira y aclara:

—Al parecer Enrique creía en sus propiedades mágicas. Pero, de tener alguna, no es la de multiplicar los caudales... —Y la reina se anticipa, con cierta sorna—: No, no lo he comprobado, no me ha parecido necesario.

Con o sin el respaldo del unicornio, Isabel tiene una sólida idea de lo que va a ser su reinado, aunque dé comienzo con tales penurias.

—Mi hermano Enrique se arruinó comprando voluntades y agradeciendo favores. Yo no pienso hacer lo mismo. A un rey se le debe servir por principio, no a cambio de unas monedas.

—El problema es que si todas las monedas las tienen los nobles y no el rey, es él quien acaba sirviéndoles. Como ha ocurrido en Castilla.

La rotundidad incuestionable de Chacón hace reflexionar a Isabel. Y sin embargo, sigue en sus trece:

—Escribiré a Carrillo sin demora. Intrigante o no, ama a Castilla por encima de todo.

—Pero, alteza —salta Cárdenas—, ¿os exigirá una disculpa!

—Se la daré. Si consigo aplacar su orgullo herido, volverá a mi lado. Por el bien de Castilla.

Mientras se dirigen a sus aposentos, sin la presencia de la soberana, los consejeros desvelan sus temores.

—¿Pensáis que la reina está en lo cierto sobre Carrillo?

La confianza en Isabel pesa más que las dudas en el ánimo de Chacón.

—Solo ella puede persuadir al arzobispo para que se una a los nuestros... Pero no sé si su amor a Castilla será mayor que el rencor por haberse visto excluido del cardenalato.

—Pronto lo sabremos. Por otra parte, quizá peque de suspicacia, pero temo que mientras nosotros buscamos soluciones, otros ya han encontrado las suyas.

—Toda mala fe que supongamos a nuestros rivales es poca. Algo deberíamos hacer para que no nos pillen desprevenidos.

Cárdenas decide ir en busca de los acontecimientos, en vez de esperar a ser arrollado por ellos.

—Viajaré para saber de sus avances. Sé a quiénes puedo hacer las preguntas; ojalá tengan las respuestas que precisamos.

—Cuidaos y volved pronto.

Cárdenas y Chacón se separan y esa noche la visión nítida de lo que se cierne sobre Castilla dificulta su sueño: el reinado de Isabel empieza en la ruina, falto de apoyos, con un bando poderoso que le disputará el trono mientras el triunfo sea posible, pendiente además de la benevolencia de un temible enemigo... Y con un rey-aliado ausente. ¿Tan convencida está la soberana de que tiene una misión divina? ¿O quizá posee la voluntad temeraria de los héroes de esas novelas que tanto le agradan?

Voluntad a la reina Isabel no le falta. Y bien gracias a la Providencia, o quizá a la Fortuna, hasta ahora ha podido imponerla. Isabel quiere a Carrillo a su lado, en la ignorancia de que el resentido arzobis-

po tiene sus propios planes y, de momento, parece fuera de su alcance.

Carrillo visita a Diego Pacheco en Madrid. Junto al reciente marqués de Villena saborea vino y rencores. Incluso algún asombro.

—Nunca pensé que echaría de menos a Enrique.

El joven Pacheco discrepa:

—Era un hombre lánguido, sin ambición y tan impotente en el trono como en el lecho.

—¡Pero al menos no era una niña capaz de todo por ceñirse la corona!

Es sabido que la condición de eclesiástico no impide al hombre caer en la tentación. En el caso de Carrillo, son varios los pecados capitales a los que demuestra tener querencia. La soberbia, entre ellos. La que germina en el maestro de cualidades irrefutables cuando el alumno aventajado deja de seguir sus pasos y toma un camino divergente. Soberbio y herido, Carrillo lleva tiempo regodeándose en la posibilidad de que un día pueda recriminar a Isabel cuán torpe ha sido privándose de sus consejos y apartándolo de su lado.

—Proclamarse por su cuenta... —Diego Pacheco, de reacciones más lentas, sigue enfangado en su desconcierto—. ¿Quién iba a pensar que Isabel actuaría con tal osadía? A mi propio padre, que en gloria esté, le habría sorprendido una treta así.

—Juan Pacheco desconfiaba hasta de su sombra, tuvisteis ocasión de aprenderlo de él.

—Como tantas cosas. —A Diego Pacheco le ha molestado la exactitud del comentario.

—Pero el valor no se enseña.

Como es legítimo, el joven marqués de Villena ha recibido títulos y propiedades a la muerte de Juan Pacheco, el hombre que tuvo a Castilla en sus manos. Sin embargo, a la sangre heredada parece ocurrirle lo que al vino de ciertas tabernas, que recibe la medida justa de agua para que aún pueda venderse como tal. Consciente de lo que fluye por sus venas tanto como de vivir aún en el recuerdo del padre, Diego Pacheco se irrita y se defiende a un tiempo.

—¿Qué pretendéis? Un solo hombre no puede levantar a Castilla contra su reina.

—Depende del hombre —replica implacable el arzobispo—. Vuestro padre ni siquiera habría dejado que Isabel se coronase. ¡Habría sentado a Juana en el trono encima del cadáver del rey, si hubiera hecho falta!

—¿Me acusáis de no haber proclamado a Juana?

—¡Os conmino a hacer algo para solucionarlo! Ya es tarde para lamentaciones. A cada hora que pasa, la corona se va ajustando más en la cabeza de Isabel.

No yerra el arzobispo y el marqués lo sabe. Diego Pacheco no es tan hábil, fiero y dañino como su padre, pero necio tampoco. Por eso Carrillo, menos necio si cabe, ha venido hasta el alcázar madrileño con intención de azuzar al poderoso mancebo contra Isabel.

—Tenéis suerte de que esté con vos, pero no pienso esperar eternamente a que toméis la iniciativa. Porque el lado de los perdedores nunca fue de mi agrado.

El joven, abrasado por la reprimenda, salta:

—Y vos, ¿qué habéis hecho por la causa?

Carrillo sonrío, celebra el momento de colocar una respuesta preparada.

—Yo... he escrito a Fernando de Aragón.

Y esa carta ha tenido respuesta más allá de lo esperado. A la reacción que ha provocado en Fernando se ha añadido que Juan de Aragón requiera la presencia urgente del arzobispo en la corte aragonesa. Complacido, Carrillo no ha demorado la partida y ya estrecha las manos de su viejo amigo.

—Alteza, imagino vuestra indignación contra Isabel.

—Cómo no indignarse —apunta el rey Juan— después de leer vuestro relato.

—Me limité a contar lo que Isabel hace a sus espaldas, para que su esposo actúe en consecuencia. —El arzobispo finge no entender

el reproche y se resguarda en la humildad—. Si he causado dolor con mis palabras, lo lamento.

—¿Seguro? Porque a mis años uno sabe cuándo se escribe desde la preocupación y cuándo desde el rencor.

Las palabras del rey abren la puerta a un diálogo más sincero.

—No voy a negar que esperaba que mis aspiraciones a cardenal fueran mejor respaldadas por Isabel y Fernando. Como agradecimiento a mis años de entrega...

—Si seguís entregado a Castilla tendréis que elegir un bando, posicionaros.

—¿Qué tal lejos de todo y de todos?

El viejo rey aragonés ríe, incrédulo.

—Boberías. Vos no valéis para ermitaño. Vuestro lugar está en la corte.

El arzobispo de Toledo aprovecha para recordar su condición de víctima.

—En la de Isabel no creo, alteza.

—¿Y en la de Fernando? Porque va camino de no ser la misma.

Carrillo oculta con su sorpresa la expectación que le provoca el comentario.

—Mi hijo está viajando a Castilla con el enfado de un capitán y menos estrategia que un soldado raso. Se plantará ante Isabel fuera de sí y todo lo que tanto nos ha costado unir saltará en pedazos.

—¿Y pretendéis que evite eso yo solo?

—No os hagáis de menos. Sabéis que juntos Fernando y vos podréis meter en vereda a Isabel. —El rey Juan sonrío con cierta malicia—. Admitid que la idea os complace...

—Vuestro hijo no anda ligero de orgullo, ¿y si no se deja aconsejar?

Carrillo se guarece en la dificultad de la misión para disimular que la propuesta es seductora. El semblante del soberano de Aragón recupera su gravedad. Se sincera con el arzobispo como si le hiciera partícipe de una revelación.

—Fernando acaba de darse cuenta de que con Isabel está perdi-